

la verdadera y cristiana libertad. El Santo Oficio de la Inquisicion respetó nuestras libertades populares, y reservando su rigor únicamente para las herejías, apostasías y supersticiones, logró extirpar estas creencias. No pudieron las sectas consolidarse en España hasta la abolicion de dichos tribunales. Con mucha exactitud el orador de quien hemos hecho referencia, dijo: *Sin Inquisicion hemos llegado á ser la nacion más indiferente respecto á religion.* Lo cual demuestra que las leyes civiles son insuficientes contra la propaganda heretical, cuando los poderes públicos se hallan confiados á los hombres del doctrinarismo, en que están de acuerdo las diversas fracciones políticas que turnan hace años en la gerencia de nuestros destinos. Y asimismo dicen las frases referidas que la conservacion del Santo Oficio nos hubiera preservado de ser la *Nacion más indiferente respecto á religion.* Luego dichos tribunales no fueron inútiles para conservar las verdaderas creencias religiosas; y en este concepto digna es su memoria del respeto y consideraciones del cristiano. Censurar una institucion esencialmente eclesiástica, que la Santa Sede creó y conservó en España, es declararse hostil á la suprema potestad de la Iglesia en este mundo; y quien obra de semejante modo, rompe la armonía, y por consiguiente se separa de nuestra santa comunión y unidad católica, por más que digan lo contrario aquéllos que á fuerza de vanos subterfugios pretenden amalgamar cualidades que naturalmente se repelen.

INTRODUCCION.

CAPITULO PRIMERO.

LAS HEREJÍAS.

Los dialécticos cristianos y gentiles.—El Gnosticismo se erige en mediador para unificar las creencias.—Breve recuerdo de dicha doctrina, probando el atrevimiento de su plan.—La gnosis profesó teorías panteistas y dualistas: produjo el maniqueísmo: dió origen al moderno error filosófico, que reasume grandes herejías.



PERMITE Jesucristo las persecuciones que su Iglesia viene padeciendo, para robustecer á los fieles en las creencias admirables de la sublime doctrina que enseñó; y á fin de que no se relajen las costumbres, y con el ejercicio de una moral tan santa, estrechen sus discípulos esa bellísima concordia cuyos vinculos unen al humano linaje caritativamente por los preceptos de amor á Dios y al prójimo. Si es conveniente que haya herejías para probar la firmeza y virtud de los cristianos (1), tambien es indudable el hecho de haberse propagado nuestra santa fe católica, sólo por su fuerza de razon y certidumbre moral, con que siempre venció en tantas y tan repetidas controversias.

Discusiones tuvieron los Apóstoles contra judíos y gentiles, hombres bien poco dispuestos á cambiar las complacencias y relajacion de su dogmática por la severidad del Evangelio: y sin embargo, fueron convencidos, y abandonando antiguos

(1) *Nam oportet et hæreses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant in vobis.*—S. Paul. 1.^o Corint. cap. 11. vers. 19.

vicios, sacrificaron su inmundo sensualismo á la perfeccion austera de aquella nueva filosofia que Jesucristo enseñó á la depravada humanidad. Los primeros misioneros de una doctrina tan sublime fueron testigos de la vida prodigiosa de su Autor, y hubieran merecido el público desprecio, intentando engañar á gentes que habían presenciado los milagros con que el Redentor probó su divinidad, á un pueblo que recordaba la enseñanza de aquel hombre extraordinario. Ibanse alejando los sucesos, y de la escena del mundo desaparecieron los hombres contemporáneos de Cristo y sus Apóstoles; pero no se interrumpió la observancia cristiana, cayendo en el olvido una moral cuyos principios iluminaron á la humana inteligencia. Y el hombre, rescatado ya de su degradacion, halló en el Evangelio un libro donde aprender soluciones ignoradas por los filósofos más eminentes de Grecia y Roma.

No faltaron genios orgullosos, que separándose de tan bellísima doctrina, intentaron modificarla creando escuelas; y otros proyectaron unificar dichas creencias, por medio de concordias entre la moral cristiana y depravacion del paganismo. Diez y nueve siglos lleva la santa Iglesia discutiendo sin haber alterado uno solo de sus dogmas, por más que la herejía haya insistido con ciega pertinacia en exigir modificaciones. Los sectarios que vencidos en tantas disputas han rechazado tenazmente caritativos consejos, merecieron el rigor de las censuras eclesiásticas. Aquellos hombres que rebeldes contra el principio de autoridad buscaban por medio de sublevaciones populares la consolidacion de su doctrina, provocaron justamente los rigores de una legislacion austera, cuya severidad merecieron de igual modo los corruptores de las costumbres con su depravada enseñanza. Crearon estos hombres la necesidad de tribunales destinados á corregir tantos excesos, y aquella brutal depravacion, que paralizaba el grande impulso civilizador dado por el cristianismo á la sociedad humana.

Antes de ocuparnos sobre dichos tribunales, juzgamos necesario emplear las páginas primeras de este libro con las causas que motivaron su institucion, examinando el origen de las herejías en su fuente primitiva; pues una vez extrañado el criterio humano por los caminos del error, difícil es

atajar sus consecuencias, porque un absurdo produce otros, y sagazmente la herejía sabe transformarse emprendiendo nuevos rumbos, cuando no puede sostener utopias desacreditadas. Las escuelas filosóficas del gentilismo fueron el origen de todos los errores (1) que han trastornado á los pueblos reproduciendo de siglo en siglo nuevas y mortíferas doctrinas, pues la herejía no se rinde, y si enmudece ante la verdad probada por los esfuerzos de la razon y de la ciencia, es únicamente para sorprender al mundo con sus amaños y sofismas.

En la primera época del cristianismo disputaban los dialécticos cristianos y gentiles, siendo la unidad de Dios el constante objeto de aquellas controversias, en que los primeros, sin ocultar su origen y gloriosos recuerdos de Atenas y Alejandria, lograron hacer muchas conversiones (2). Hermias y S. Ireneo, S. Dionisio Areopagita y S. Clemente Alejandrino refutaron los errores de Simon y de Menandro, de los Nicolaitas y de Basilides, que reprodujeron el antiguo sistema de Zoroastro sobre la coexistencia de dos principios eternos. Igualmente combatieron los fantásticos delirios de Valentiniano, gérmen del error que modernamente ha reproducido la metafísica impía de ciertas escuelas alemanas. A los *Gnósticos* se debe ciertamente el *dualismo* y *panteísmo*, tronco de que tantas herejías brotaron, y las perturbaciones sociales, crímenes y excesos con que se ha manchado la historia de los pueblos. El Gnosticismo, inventando una dogmática para concertar las virtudes cristianas con la depravacion gentilica, creó muchos errores, de donde provienen todos los sofismas trascendentales que agitan á la sociedad en sus intereses políticos y verdaderas creencias religiosas. Combatió la Iglesia las transacciones propuestas por tan pérfida herejía y su fantástico sistema: y resolviendo con evidente precision las cuestiones metafísicas, concluyeron aquellas dudas y dispu-

(1) Tertuliano, lib. *de præscrip.*, cap. 7.—S. Jerón., *Comment. sup. Nahum*, cap. 3.

(2) En Alejandria apareció la escuela ecléctica, cuyos filósofos escogieron lo mejor de las demas escuelas, aunque este sistema los llevaba al sincretismo, que es la fusion conciliadora de varios sistemas. Sin embargo, buscaban la verdad donde quiera que pudiese aparecer, y por esta causa examinaron la filosofia cristiana; lográndose la conversion de los eclécticos más eminentes.

tas de que se venían ocupando los filósofos, y con sorpresa de estos sabios, declaró erróneas y condenó hipótesis universalmente aceptadas como incuestionables.

La filosofía griega se consideró amenazada de inevitable ruina, sin que todos los esfuerzos de los Gnósticos pudieran salvarla de su decadencia, pues era imposible avenir la moral de Jesucristo con el sensualismo de la idolatría. Quisieron los filósofos paganos resolver cuestiones importantes con el desacierto que habían empleado para explicar la naturaleza divina y el origen de los seres; pero veían que una escuela nueva y desconocida hasta entónces lo aclaraba todo de un modo satisfactorio, aunque destruyendo sus viejas creencias. Entre las utopías é indecisiones de la filosofía griega, quiso intervenir la Gnosis con su fantástico sistema, que ya hemos dicho presentó como una avenencia entre la verdad y la mentira. Pretendía realizar dicha concordia por medio de un sincretismo en que todas las dogmáticas, y aún creencias muy contradictorias, eran acogidas igualmente. Los modernos deistas profesan el mismo error, suponiendo agradables al Sér Supremo todas las fórmulas con que se le rinda culto.

Hemos indicado los tres sistemas filosóficos que en la época primera de nuestra Iglesia disputaron, y entre los cuales únicamente el cristianismo presentó esas condiciones de grandeza y sublimidad que revelan su origen divino; caracteres de que carecían sus antagonistas el paganismo y gnosticismo. Inútil es para nuestro plan el ocuparnos de la filosofía griega; pero la Gnosis bien merece que indiquemos algunos principios de su dogmática, gérmen de tantas herejías. Concretaremos, sin embargo, nuestro recuerdo á determinadas bases de una doctrina que tuvo el orgulloso empeño de conciliar la moral de Jesucristo con el paganismo, no atreviéndonos á reproducir el confuso relato de todo un sistema teológico, compuesto de hipótesis fantásticas, para resolver problemas, que Dios ha reservado del conocimiento humano. Tampoco ocuparemos la atención de nuestros lectores con asuntos que le alejen del objeto de este libro; pero necesario es decir que no todo fué original en el Gnosticismo. Estos pensadores tomaron su teoría sobre la generacion divina de la teogonia egipcia, en la cual y en la mitología griega hallaron el modelo de su *pleromo*: de los persas aprendieron los *tres órdenes de inteligencias*;

de Pitágoras, la *década*; de Sanconiaton, las *emanaciones y sigigias*, y de Platon, el *mundo intelectual*, las *ideas tipos* y los *genios protectores*.

Conocieron los Gnósticos un Dios, que por ilimitadas series de manifestaciones se multiplica de un modo infinito, y hasta el punto que no puede comprender la humana inteligencia: un Dios que absorbe en su esencia los seres de la creacion, modificados conforme á su destino respectivo: una doble serie de manifestaciones, y seres desemejantes entre sí, aunque derivados de igual causa; y supusieron que esta manifestacion de las divinas perfecciones creó los mundos intelectuales, por el acto que descubrió lo que ocultaba el *pleromo*. Las emanaciones á que dicho acto dió vida, formaron los fantásticos *eones*: sustancias desprendidas de la divinidad, que á pesar de su origen no todas son igualmente perfectas, porque disminuye su bondad la distancia que va separándolas de su principio; deduciendo por fin que esta diversa condicion de los eones causó entre ellos lamentable desconcierto y su caída, de donde provino la necesidad de una regeneracion que restableciera la armonía perdida en el *pleromo*.

Además de este mundo puramente intelectual, creó la Gnosis una region intermedia correspondiente al mundo que habitamos, en que aparece algun gérmen de la divina esencia, subordinado y bajo el influjo de las pasiones humanas; y por consiguiente, conservó los errados principios de la mitología griega. Queriendo además dichos filósofos resolver las dos cuestiones importantes sobre la creacion de la materia *por obra de un Sér sobrenatural, y la mezcla del bien y del mal, que hallamos en este mundo inferior*, expusieron una larga serie de hipótesis arbitrarias y desconcertadas, que han originado muchos errores, tanto en el orden moral, como en el político. Estos son los principios con que los Gnósticos formaron su teología, en la cual tuvo cabida cierto panteismo (1), en-

(1) Quinientos cuarenta años ántes de Jesucristo enseñó Xenofanes dicha doctrina, naciendo su error de haber exagerado la idea de la unidad, que le obcecó hasta el punto de creer que todas las cosas constituían á Dios uno, eterno é inmutable. Este filósofo creyó que en la unidad se refundía todo; y concibió la idea de un Sér, del cual sólo eran manifestaciones las formas corpóreas. Teoría, que tomó Xenofanes de la escuela Pitagórica, la cual explicó aquella grande unidad productora del mundo, como un solo conjunto de unidades subalterna.

señando que la divina esencia absorbe á todos los seres de la creacion, aunque diversamente modificados para llenar las condiciones de su destino respectivo. Y no satisfechos con tales desaciertos, asimismo adoptaron el antiguo sistema de Zoroastro sobre la coexistencia de dos seres eternos, uno bueno y otro malo, pretendiendo explicar con esta teoría los efectos del bien y del mal que observamos en el mundo (1). Prescindieron de la enseñanza mosaica, que revelada por Dios, perfectamente explica dichas cuestiones; olvidaron la degeneracion humana por causa de la culpa original, negando nuestro admirable dogma del libre albedrío, para crear un laberinto de utopias contradictorias y absurdas, en que pereció la santa libertad humana.

De sus mundos intelectuales la *Enoia*, *Década*, *Duodécada*, y demas categorías, si de este modo puede llamarse el fantástico desconcierto de la Gnosis, se descende á una serie de especulaciones no ménos arbitrarias, que concluyen haciendo al hombre impotente para evitar la culpa, pues le suponen esclavo del ser malo unido á su alma, todo el tiempo que tarda el ser bueno en arrojarlo de ella: y estableciendo este principio, no puede negarse á los mortales un derecho para ejecutar el mal: de donde se deduce que son altamente injustas y arbitrarias las leyes que castigan al culpable precipitado en el crimen, por el irresistible impulso que recibe de algun ser malo apoderado de su voluntad, y de cuyo dominio no puede librarle el principio bueno. Con semejante sistema, y la clasificacion del hombre en perfecto, perverso, é indeciso entre el bien y el mal, pierden su valor intrínseco las acciones humanas, y se destruye nuestro libre albedrío. Llamaban *pneumáticos* á los hombres perfectos que por esta cualidad debían volver al *pleromo*, estado de completa dicha, consistente en la plenitud de la inteligencia. A los hombres indeci-

(1) En la filosofía persa floreció Zoroastro, setecientos años ántes de Jesucristo. Reconoció dicho sabio un Ser supremo, de cuyo seno salieron *Ormuzd*, principio bueno, y *Ahriman*, principio malo. El primero produjo infinitos genios buenos, como el segundo produjo infinitos genios malos. Entre unos y otros, que son dueños del mundo, hay lucha permanente en el órden físico y moral, pelea que terminará triunfando el principio bueno. Así, pues, la filosofía persa reconoció un dualismo, adoptado despues á su manera por los Gnósticos, y ampliado más tarde en la enseñanza de Manes.

sos entre el bien y el mal llamaron *psíquicos*: éstos únicamente podían elevarse hasta el *demiurgo*, que es la última emanacion del *pleromo*. Aquel es un estado ménos claro de la inteligencia, y por consiguiente ménos feliz. Los hombres perversos, llamados *ulicos*, viven esclavos de la materia, ó ser malo, que los somete al mundo inferior. Produce además dicho sistema injusta servidumbre, porque la suposicion de un doble origen, y desigual clasificacion de los seres racionales, ocasiona dicha consecuencia: lógica deducción, admitiendo hombres superiores dominados por el principio bueno, é inferiores, que son esclavos del espíritu maligno.

Los Gnósticos, como el moderno comunismo, negaron el derecho de propiedad, y sólo formalizaban el matrimonio por un contrato civil, que garantizase mutuamente las obligaciones y derechos de ambas partes y de sus hijos con la fuerza legal. Aquellos sectarios, combatiendo el matrimonio como sacramento, y la desigualdad de fortunas, quisieron consolidar la libertad humana: pero sus impremeditadas teorías relajaron los vínculos de familia, que únicamente la Iglesia consolida y santifica; y dividiendo al género humano en categorías, sacrificaron la igualdad, concediendo á la clase afortunada privilegios que negaron á los desgraciados. ¡Cuán diversa es doctrina semejante de la santa igualdad del Evangelio, que á todos los hombres equipara, y á todos hace hermanos como descendientes de un padre comun, y concediéndoles libre albedrío para que respondan de sus actos, no les somete á influencias superiores, ántes bien, conserva en ellos absoluta libertad!

Dividióse la Gnosis en escuelas numerosas, con especial sistema cada una, su disciplina, gerarquía sacerdotal y ritos; pero las sectas principales profesaron las teorías que hoy llamamos panteistas y dualistas. El primer sistema mereció ser despreciado por los sabios, y completo olvido cuando se demostró lo absurdo de una sustancia universal. El dualismo, como dejamos dicho, supone la existencia de dos principios: uno bueno, que es Dios, y otro malo, que es el demonio. Segun esta enseñanza, el hombre no dirige sus acciones, supuesto que obra bajo la irresistible influencia de un doble principio.

La escuela del dualismo recibió en el siglo III de la Iglesia importante desarrollo; porque Manes, llamándose paráclito,

prometió justificar dicha enseñanza con milagros: y aunque éstos no llegaron á verificarse, y pagó con su vida promesas temerarias (1), hubo sin embargo gentes depravadas que, necesitando disculpar la inmoralidad de su conducta, aceptaron una doctrina con que hacerse irresponsables de toda culpa; suponiendo que la voluntad humana se halla bajo la irresistible fuerza del principio malo, cuando éste vence al principio bueno, y en su perpétua lucha consigue dominarle. La doble presión que ejercen sobre nuestra desdichada humanidad el sér bueno y el malo, Dios y la materia ó Satanás, no pueden librarla de miserable vassallaje. Segun esta doctrina tan absurda, hácese imposible la libertad humana, y el hombre queda convertido en verdadero autómeta, que podrá distinguirse de los irracionales, sólo por la combinacion más perfecta de su mecanismo, resultando tan irresponsable de sus acciones como los brutos. Los maniqueos no supieron explicar la existencia del bien y del mal que vemos por todas partes: cuestion mal entendida, igualmente por los Gnósticos, que fueron á buscar sus soluciones en la filosofía persa (2). Repetimos que unos y otros olvidaron la explicacion cristiana, fundada en la primitiva degradacion del hombre por su culpa original, y en el admirable dogma del libre albedrío concedido á los séres racionales, y necesario para la manifestacion de una justicia eterna.

Dios, que no podía permitir la ruina de su Iglesia, suscitó en San Agustin el enemigo más formidable del maniqueismo, cuyos errores combatió, probando evidentemente la unidad divina. En aquella lucha del saber y la virtud contra la depravacion humana, sancionada por unas enseñanzas que había propagado el impío Manes, quedó esta soez y odiosa herejía completamente en silencio, enmudeciendo sus defen-

(1) Corría el siglo III de la Iglesia, y estaba muy reciente el recuerdo de los prodigios obrados por nuestro divino Redentor. Manes quiso reproducirlos, curando al hijo de Sapor, rey de Persia de una mortal dolencia que padecía creyó el hereje que podría reproducir un milagro tantas veces ejecutado por Jesucristo y sus Apóstoles: mas el enfermo se murió en manos del impostor, que fué desollado vivo, y su carne arrojada á los perros.

(2) En el libro sagrado de *Zend-Avesta*, que se atribuye á Zoroastro, donde este filósofo consignó sus teorías dogmáticas, fundadas en el dualismo.

sores durante muchos años. En otro lugar volveremos á ocuparnos de los desórdenes sociales que estos sectarios, modificándose de maneras diferentes, extendieron en el siglo XII por Francia, Italia y Alemania, ocasionando la necesidad de crear tribunales, que únicamente se ocuparan de contener horribles atentados contra la independencía y libertad de los pueblos fieles á su religion.

Fué, pues, imposible, transigir con el Gnosticismo y sus proyectos de avenencia, para concordar á los dialécticos, gentiles y cristianos: porque la Iglesia jamás transige con el error, y las teorías gnósticas entrañaban equivocaciones más trascendentales, y una dogmática más contradictoria y repugnante que la mitología griega, y demás creencias profesadas por el paganismo en Persia, Egipto y en otras naciones idólatras del mundo. Con sus pretendidas avenencias y proyecto de creencia universal, esparcieron los Gnósticos la semilla funesta de perpétuas herejías, que desapareciendo para volver á presentarse, fueron esencialmente el dualismo y panteísmo. En escollo peligroso naufraga el hombre miserable, cuando sólo por las hipótesis aventuradas de una filosofía incierta, pretende atrevido registrar abismos insondables, arcanos que Dios se ha reservado. Todo cuanto se ha escrito y se escriba sobre los dogmas de nuestra santa fe católica, es incierto y expuesto á error, fuera del criterio de la Iglesia, manifestado en las obras de los Santos Padres, Concilios y declaraciones pontificias. Así, pues, resulta grande incertidumbre y vaguedad en los modernos escritos panteistas como en el dualismo. El error primero destruye la perfecta idea de Dios, la nocion exacta del Ente Supremo, que no puede descomponerse por las emanaciones, ni es posible aniquile la unidad de su esencia, fraccionándose en tantas partes como cuerpos existen sobre el universo. La coexistencia de los dos principios no puede concebirse sin destruir la unidad divina: y se incurre en igual absurdo, atribuyendo á la materia facultad para ejecutar el mal, es decir, un poder independiente de su Creador. Este principio no se puede constituir filosóficamente en el Ser Supremo ni en la materia, si ha de salvarse el atributo de la unidad esencial, sin el cual es imposible exista Dios. Ni tampoco se puede concertar la nocion de un Ser Supremo, perfecto é invariable, con la nocion